

ERASMO DE ROTTERDAM

Desiderius Erasmus Roterodamus (1466-1536) fue una personalidad enormemente controvertida y molesta en su época. En la encrucijada entre la Reforma protestante y la obsoleta ortodoxia tradicionalista de la Iglesia cristiana, el cauteloso Erasmo se granjeó la enemistad y el repudio de ambos bandos: un traidor vendido al mejor postor para los luteranos y un peligroso reformista que, con sus doctrinas heréticas había apoyado al reformismo y perjudicado a la Iglesia de Roma.

Nacido en Rotterdam, Holanda, en 1469, recibió una buena educación impregnada por el estudio de las *bonae litterae*, esto es, de la literatura y las lenguas grecolatinas propias del **humanismo** renacentista, movimiento del que fue uno de sus máximos y más refinados representantes. Al morir su padre, Erasmo ingresa en el convento de los agustinos de Stein, del que no guardará precisamente un buen recuerdo. Las estrictas reglas de sumisión, así como su absoluto dogmatismo y la total impermeabilidad ante cualquier innovación le reafirmaron en su experiencia de que existía una gran escisión entre la formación cultural que proponían los nuevos tiempos y la devota y artificiosa religión popular. En 1492, sin embargo, tomó los hábitos monacales y pasó al año siguiente a trabajar como secretario del obispo de Cambrai, que necesitaba un buen latinista. Esta posición le permitió realizar numerosos viajes a Francia, Bélgica, Italia e Inglaterra y relacionarse con la mayoría de los centros humanistas de Europa. En su estancia en Inglaterra se codeará con la nobleza y con las elites intelectuales y políticas de su tiempo, entablando una gran amistad con **Tomás Moro**, futuro canciller de Enrique VIII.

En 1500 Erasmo se doctora en teología por la universidad de Turín y en 1521 se establece en Basilea, ciudad en la que había surgido un importante grupo de humanistas reformadores. A partir de entonces, y debido a la popularidad de su obra y de la aparición de la figura de Lutero, Erasmo vivirá un período de profunda inestabilidad y de continuas disputas provocado por la ambigua postura que mantenía en la intransigente polémica entre reformistas y cristianos ortodoxos. Polémica de la que no pudo apartarse y que acabó con su repudio y con su obra en el *Índice de libros prohibidos*. En 1536, a causa de una disentería, muere Erasmo en Basilea.

La obra y el pensamiento de Erasmo

Gran estudioso y conocedor de la literatura y las lenguas grecolatinas, Erasmo fue un escritor enormemente original que puso su ingenio y la perspicacia lúcida e irónica de su pluma al servicio de una reforma de la Iglesia y de la sociedad que permitiera una vuelta al auténtico espíritu del cristianismo, perdido en abstractos formalismos escolásticos y degenerado por las corruptas instituciones y ritualismos eclesiásticos.

Una de sus primeras obras *Enchiridion militis christiani* (Manual del caballero cristiano) escrita en 1501, pone de manifiesto lo que será una constante en toda su obra: el camino hacia Dios a de hacerse por vía de la interiorización. Lo institucional de nada sirve si el hombre no examina su propia conciencia y hace uso de su libertad y de una auténtica fe. Utilizando los pares platónicos, visible/invisible o carne/espíritu, Erasmo identifica el ceremonial de la Iglesia con el ámbito de la apariencia e irrealidad.

En 1509 Erasmo publica la que será una de sus obras más populares *Moriae encomium* (*Elogio de la locura*). Escrita como un juego divertido, y dedicada a su amigo Tomás Moro, cuyo apellido curiosamente proviene de la palabra latina *moria*, esto es, locura, esta obra tiene el trasfondo serio propio de los **bufones**: sólo a éstos les estaba permitido airear con franqueza las grandes verdades y desenmascarar, con la risa, los peores defectos.

El *Elogio de la locura* es una acertada sátira de ingeniosa crítica de la sociedad de la época, en la que todas las clases sociales son despiadadamente analizadas por la Locura, que es la que narra el relato. Su burla mordaz no deja títere con cabeza: ni reyes ni papas, ni campesinos ni nobles, ni mujeres ni monjes se sustraen al dominio de la locura, la *stultitia*, la estupidez.

La crítica se ahonda en un mordaz análisis de la Iglesia y sus instituciones, así como de la teología y su anticuado método escolástico. Todos ellos están bajo el gobierno de la Locura porque se han apartado de la verdadera fuente de la religión: el cristianismo primitivo. Se debe huir del mundo de las apariencias, de ese teatro de la inautenticidad y recobrar la espiritualidad primigenia a través de una sincera vivencia individual. El pasado es considerado como un motor de renovación porque nos permite volver sobre nuestros pasos hacia ese punto de la historia donde se pervirtió el verdadero sentido del cristianismo y comenzó la decadencia de la cultura.

Esta misma crítica aparecerá en la obra *Institutio Principis Christiani* (*Educación del príncipe cristiano*). Escrita en 1516 y dedicada a Carlos V, al cual sirvió de consejero, Erasmo invita a que el rey sea también filósofo: sólo así aspirará al bien supremo y, por lo tanto, podrá ser un auténtico cristiano.

La corrupción de la Iglesia es producto de su alejamiento de la verdadera esencia de las cosas y del cristianismo de los primeros padres de la Iglesia. Erasmo se propone hacer una **exégesis de la Biblia** que concilie la cultura con el cristianismo, *las bonae litterae* con las *sacrae litterae*. En 1516 publica una obra que tendrá una amplia repercusión en los círculos reformistas: una nueva edición de los *Nuevos Testamentos* que, utilizando los métodos filológicos propios del humanismo, descalificará la utilizada oficialmente por la Iglesia: la *Vulgata*.

Esta modificación de un texto sagrado era muy molesta y peligrosa porque suponía arrebatarse a la Iglesia su hegemonía y su autoridad y porque además iniciaba un proceso de renovación de la teología y las instituciones cristianas que sería secundado, radicalizado y llevado a la práctica por **Lutero, Zuinglio y Calvino**. De hecho, Lutero, aun separándose del erasmismo en muchos aspectos, utilizó la exégesis bíblica de Erasmo, así como su método humanístico. Remitiéndose al texto griego, Erasmo mostró cuánto se había devaluado el sentido original del cristianismo y de qué modo las autoridades exegéticas se habían valido de su poder y autoridad para perpetuar esto de forma no demasiado lícita. Cuando la reforma de Lutero y Zuinglio se puso en marcha, Erasmo quedó en una situación muy comprometida. La vieja Iglesia pretendía que públicamente condenara el luteranismo y los reformistas le acuciaban para que hiciese clara su adhesión al reformismo que ellos propugnaban. Había comenzado ya la persecución de herejes y Erasmo se había visto envuelto en intrincadas polémicas de las que no saldría muy bien parado. Se le acusaba de sacrílego e impío, de malinterpretar las sagradas escrituras y proteger y defender a los reformistas. En medio de esta situación, a todos les parecía muy ambigua y sospechosa su postura conciliadora, neutral y tolerante. Las presiones eran tan grandes que en 1524 Erasmo, a pesar de defender la pluralidad religiosa dentro del Estado, se decide a escribir una obra que trata un tema meramente académico pero en el que muestra su controversia con el luteranismo: *De libero arbitrio (Sobre el libre albedrío)*.

Lutero había afirmado que la salvación de los hombres dependía exclusivamente de la libre voluntad de Dios. Tiene lugar por la fe otorgada por la Gracia divina. Para Erasmo, aunque la Gracia es la primera causa para la salvación humana, también las obras ayudan al hombre a merecerla. La responsabilidad personal es necesaria para que el hombre no se convierta en un ser negligente e impío.

Este posicionamiento de Erasmo en contra del luteranismo, que significó la ruptura entre la Reforma y los humanistas, no le ayudó a mejorar de su comprometida situación:

"Por lo que veo mi destino es ser lapidado por las dos partes en disputa, mientras yo pongo todo mi empeño en aconsejar a ambas partes"

En 1527 numerosos fragmentos de sus obras se condenan, incluso sus *Colloquios (Coloquios)*, una obra cuya finalidad era facilitar el aprendizaje del latín a los estudiantes y que estaba escrita jocosa y desenfadadamente como una serie de diálogos entre una diversidad de tipos que representaban al conjunto de la sociedad.

Aunque sus ideas se difundieron por casi toda Europa, dando lugar a una corriente denominada "*erasmismo*", de aquí en adelante y hasta su muerte acaecida en Basilea el 12 de Julio de 1536, Desiderius pasó una vida penosa, repudiado por todos y agravada por la gota y el reumatismo. Pese a todo, su "humanismo de la Biblia", su maestría filológica y literaria, y su espíritu crítico y reformista le han otorgado un merecido puesto de honor en la historia.

Elena Díez de la Cortina Montemayor.

Erasmo de Rotterdam ***Elogio de la locura***

El monarca está expuesto a las miradas del pueblo, puede ser como un astro benéfico que procura la máxima dicha de sus súbditos, o como maléfica estrella que acumula los mayores descalabros. Los vicios de los demás ni se advierten ni se divulgan tan vastamente, pero él está en posición tal, que si en algo se aparta de la honestidad, ello se extiende a muchedumbre de personas como funesta peste. Los reyes están, además, tan expuestos por su sino a encontrar al paso mil cosas que les suelen desviar de la rectitud, como son placeres, independencia, adulación y lujo, que han de agravar la vigilancia y redoblar el esfuerzo para mantenerse al margen de ellos y no dejar, engañados, de cumplir con el deber. En suma, para no hablar de asechanzas, odio y otros peligros y temores, sobre sus cabezas hay otro Rey verdadero que les pide estrecha cuenta de sus más pequeñas acciones con tanto mayor severidad cuanto más grande haya sido su poderío. Si reflexionase sobre estas cosas, y muchas más del mismo orden, y reflexionaría, si fuese sensato, no tendría sueño ni banquete deleitable. Pero con mi ayuda dejan en manos de los dioses todos esos cuidados, no se ocupan sino en vivir muellemente y sólo dejan llegar a sus oídos a quienes saben hablar de cosas divertidas para que no sea turbado por un momento su ánimo. Se imaginan que cumplen intachablemente el deber real con cazar constantemente, tener hermosos caballos, vender en beneficio propio los cargos y las magistraturas y aplicarse a encontrar medios nuevos de apoderarse del dinero de los vasallos y llevarlo a su tesoro. Así, para cubrir con la máscara de la justicia sus iniquidades, resucitan viejos títulos y de cuando en cuando añaden algún halago al pueblo para tenerlo en su favor.

Imaginaos un hombre como son a veces los reyes, desconocedor de las leyes, enemigo, o poco menos, del bien público, atento a su provecho, dado a los placeres, hostil al saber, a la libertad y a la verdad; desinteresado por completo del bienestar de su Estado y que lo mide todo a tenor de sus caprichos y liviandades. Si se le coloca collar de oro, emblema de la coherencia de todas las virtudes; enojada corona, que represente que debe sobrepasar a todo el mundo por el brillo de sus acciones; el cetro, símbolo de justicia y de rectitud de ánimo, y, en fin, el manto de púrpura, insignia de vivo amor a su pueblo y el monarca confronta lo que representan estas insignias y su verdadera conducta, yo os digo que habrían de abochornarle tales atributos y viviría en el temor de que algún malicioso hiciese burla y risa de todo ese aparato teatral.

[56] ¿Qué he de recordaros de los cortesanos? Nada hay más servil, más rastrero, más necio y más despreciable que muchos de ellos y se tienen por los primeros en todo.

Solamente en una cosa son modestos: se contentan con cubrirse de oropel, de pedrería, de púrpura y las demás insignias de la virtud y la sabiduría, dejando a los otros poner en práctica estas cualidades. Son felices pudiendo llamar al rey «señor», saludar debidamente, saber usar los tratamientos de «Serenidad», «Majestad», o «Excelencia», tener siempre expresión imperturbable y jocosidad adulatoria, pues éstas son artes convenientes a los cortesanos y a los nobles. Pero si nos fijamos de más cerca en su manera de vivir, no son sino unos verdaderos feacios y vanos pretendientes de Penélope, y... ya sabéis lo que falta del verso, puesto que Eco os lo podrá repetir mejor que yo. Duermen hasta mediodía; casi acostados aún, oyen la misa que de prisa y corriendo les dice el capellán que tienen a sueldo; en seguida desayunan y, apenas han terminado, ya piden la comida; luego se entretienen con los dados, el ajedrez, los juegos de azar, las bufonadas, los cómicos, las mujeres galantes, las chocarrerías y los chistes y de cuando en cuando toman un tentempié. Llega luego la cena y tras ella las libaciones, y, ¡por Jove, que no son pocas! Y de esta manera, libres del menor cansancio de la vida, pasan las horas, los días, los meses, los años y los siglos. Yo misma, al contemplar en ciertas ocasiones a estos vanidosos, siento náuseas, principalmente cuando entre esos fanfarrones veo a una ninfa que se cree más próxima a los dioses cuanto más larga es la cola que arrastra, o esos próceres que se abren paso a codazos, para situarse más cerca de Júpiter, y, en fin, esa serie de individuos cuyo engrandecimiento crece conforme al peso de la cadena que llevan al cuello, ostentando no sólo opulencia, sino vigor físico.

[57] Los pontífices, cardenales y obispos, sucesores de los Apóstoles, imitan de tiempo inmemorial la conducta de los príncipes y casi les llevan ventaja. Pero si alguno reflexionase que su vestidura de lino de níveo blancor simboliza una vida inmaculada, que la mitra bicorne, cuyas puntas están unidas por un lazo, representa la ciencia absoluta del Antiguo y del Nuevo Testamento; que los guantes que cubren sus manos le indican que deben estar protegidas del contacto de las humanas cosas e inmaculadas para administrar los Sacramentos; que el báculo es insignia de vigilancia diligentísima para con la grey que se le ha confiado; que el pectoral que pende de su pecho representa la victoria de las virtudes sobre las pasiones; si uno de éstos, digo, meditase sobre todo ello, ¿no viviría lleno de tristeza e inquietud? Pero nuestros preladados de hoy tienen bastante con ser pastores de sí mismos y confían el cuidado de sus ovejas o a Cristo, o a los frailes y vicarios. No recuerdan que la palabra «obispo» quiere decir, trabajo, vigilancia y solicitud. Sólo si se trata de coger dinero se sienten verdaderamente obispos y no se les embota la vista.

[58] De la misma manera si los cardenales reflexionasen que son sucesores de los Apóstoles y que deben guardar la misma conducta que éstos observaron; que no son dueños, sino administradores de los bienes espirituales, de todos los cuales han de dar pronto exacta cuenta; si filosofasen un poco sobre sus vestiduras y reflexionasen: «Este albo sobrepelliz, ¿no representa la pureza de costumbres? Este manto de púrpura, ¿no simboliza el ardentísimo amor a Dios? Esta capa tan amplia que cubre completamente la mula de Su Reverencia y que bien pudiera tapar a un camello, ¿no significa extensísima caridad que debe llegar a ayudar a todos, es decir, a enseñar, exhortar, consolar, reprender, amonestar, evitar las guerras, resistir a los malos príncipes derramando para ello no sólo las riquezas, sino la propia sangre en beneficio del rebaño de Cristo? Además, ¿se precisan las riquezas para imitar a los Apóstoles en su existencia?» Si todo esto recordasen, no ambicionarían tal posición y dejándola de buen grado, llevarían vida laboriosa y prudente, como fue la de los discípulos de Jesús.

[59] Si los Sumos Pontífices, que hacen las veces de Cristo en la Tierra se esforzaran en imitar su vida, su pobreza, trabajos, doctrina, su cruz y desprecio del mundo; si pensasen en que el nombre de «Papa» quiere decir «Padre» y advirtieran el título de «Santísimo», ¿quién habría tan desdichado como ellos? ¿Quién querría alcanzar este honor a tal precio y conservarlo por medio de la espada, el veneno y todo género de violencias? ¡Cómo tendrían que privarse de sus placeres si alguna vez se adueñase de ellos la sabiduría...! ¿He dicho la sabiduría? Sería suficiente un granito de sal, según recuerda Cristo. ¡Tantas riquezas honores, triunfos, poder, cargos, indulgencias, tributos, caballos, mulos, escoltas y comodidades! Ya veis cuántas vigiliadas, cuánto trabajo y cuánta riqueza he resumido en pocas palabras. Todo esto habrían de trocarlo por vigiliadas, ayunos, lágrimas, preces, sermones, estudios, penitencias y otras mil pesadumbres.

Pero no hay que olvidar lo que sería entonces de tantos escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, caballeros, recaudadores, proxenetes, y alguno más vergonzoso agregaría, pero temo que resulte ofensivo para el oído. En suma, tan ingente muchedumbre onerosa, me he equivocado, he querido decir honrosa, para la Sede romana, se vería reducida al hombre, y esto, verdaderamente, sería cruel y abominable; pero todavía sería más aborrecible que los supremos príncipes de la Iglesia y lumbreras del mundo volvieran al cayado y al zurrón.

En nuestros días todo lo que significa sacrificio se lo encomiendan a San Pedro y San Pablo, a los que les sobra tiempo para ello, pero si algo hay que signifique esplendor y regalo, lo guardan para sí. Y así, merced a mi cuidado, no hay hombres que lleven vida más voluptuosa y menos sobresaltada, a fuer de convencidos de que Cristo está satisfecho de su sagrada y casi escénica, de esas ceremonias, de los títulos de «Beatitud, Reverencia y Santidad», y de cómo actúan de obispos repartiendo anatemas y bendiciones.

Hacer milagros es antiguo, pasado de moda e impropio de nuestro tiempo, enseñar al pueblo es penoso, interpretar las Sagradas Escrituras es cosa de escolásticos; rezar es ocioso; llorar es de pobres y de mujeres, la pobreza es sórdida y el obedecer es vergonzoso y poco digno de quienes apenas conceden a los reyes más poderosos el honor de besar sus santos pies; morir es espantoso y la crucifixión infamante.

Las únicas armas que les quedan hoy son esas dulces bendiciones de que habla San Pablo y que ellos prodigan benignamente, y las interdicciones, suspensiones, agravaciones, anatemas, pinturas odiosas y ese terrible rayo que con solo su fulgor precipita las almas de los mortales más allá del Tártaro. Los Santísimos Padres en Cristo, vicarios suyos en la Tierra, a nadie apremian con más vigor que a quienes, tentados por Satanás, osan aminorar y menoscabar el patrimonio de San Pedro, pues aunque este Apóstol dijo en el Evangelio: «Todo lo hemos dejado para seguirte », se reúnen bajo el nombre de Patrimonio de San Pedro tierras, ciudades, tributos y señoríos. Encendidos de amor a Cristo, combaten con el fuego y con el hierro, no sin derramar sangre cristiana a mares, entendiendo que así defienden apostólicamente a la Iglesia, esposa de Cristo, cuando han exterminado sin piedad a los que llaman sus enemigos. ¡Cómo si hubiese peores enemigos de la Iglesia que esos pontífices impíos que con su silencio coadyuvan a abolir a Cristo, en tanto que alcahuetean con su ley, la adulteran con caprichosas interpretaciones y le crucifican con su conducta infame!

Pero aduciendo que la Iglesia cristiana fue fundada con sangre, cimentada con sangre y con sangre engrandecida, resuélvenlo todo a punta de espada, como si no estuviera Cristo para proteger a los suyos, según es, propio de Él, Aunque la guerra es tan cruel, que más conviene a las fieras que a los hombres; tan insensata, que los poetas la representan como inspirada por las Furias; tan funesta, que trae consigo la ruina de las públicas costumbres; tan injusta, que los criminales más depravados son los que mejor la practican, y tan impia, que no guarda el menor nexo con Cristo, los Papas lo olvidan para practicarla. Por eso vemos a ancianos decrepitos que demuestran un ardor juvenil y no les arredran los gastos, no les rinde la fatiga, ni nada les detiene para trastornar leyes, religión, paz y todas las cosas humanas. Además, no les faltan aduladores cultos que den a esta manifiesta insensatez el nombre de celo, piedad y valor, pensando que sea posible esgrimir el hierro homicida y hundirlo en las entrañas de sus hermanos sin perjuicio de la caridad perfecta, la cual, según el precepto de Cristo, debe todo cristiano a su prójimo.

[60] No sé si con estas cosas dieron ejemplo, o quizá lo tomaron, a ciertos obispos alemanes que, renunciando por completo al culto, bendiciones y ceremonias, viven como verdaderos sátrapas, creyendo que es una cobardía indigna de un obispo entregar el alma a Dios como no sea en un campo de batalla. Y la masa de los sacerdotes cree pecaminoso desdecir de la santidad de sus preladados, y así, ¡vive Dios!, con cuán belicoso ardor les vemos luchar defendiendo sus diezmos con espadas, dardos, piedras y toda clase de armas. ¡Qué vista tan aguda tienen para extraer de los viejos escritos algo que aterre a las gentes sencillas y las convenza de que deben pagar algo más que el diezmo! Pero no, mientras tanto, no les viene a la mente lo mucho que por todas partes aparece escrito acerca de la obligación que tienen de proteger al pueblo. Su tonsura ni siquiera les recuerda que deben estar exentos de las ambiciones de este mundo y pensar sólo en las cosas del cielo. Pero a fuer de gente de buena condición, creen cumplir perfectamente con sus deberes rezongando las oraciones de cualquier modo, y hay que preguntarse, ¡por Hércules!, si Dios les oye o les entiende, ya que ellos mismos casi ni oyen ni comprenden, a pesar de que las relinchan a voz en cuello. Una cosa tienen, empero, en común, los sacerdotes y los laicos, que es que todos vigilan la prosperidad de sus ingresos y no ignoran ninguna de las leyes referentes a ellos, pero si se trata de alguna carga, la echan hábilmente sobre las espaldas ajenas y la vuelven a otros como si fuera una pelota. Así como los príncipes delegan los asuntos de la administración en sus ministros y éstos en los suyos, de la misma manera los sacerdotes, por modestia, dejan al pueblo las atenciones devotas. El pueblo las encomienda sobre los que llama eclesiásticos, como si él nada tuviera que ver con la Iglesia y como si nada significasen los votos bautismales; a su vez, los sacerdotes que se llaman seculares, como si estuviesen iniciados para el mundo y no para Cristo, descargan su obligación sobre los regulares; los regulares sobre los frailes; los frailes de ancha conciencia sobre los más rigurosos; todos ellos, a la vez, sobre las órdenes mendicantes, y éstas sobre los cartujos, entre quienes dicen se oculta la devoción, y tan oculta está, que apenas aparece.

De la misma manera, los pontífices, diligentísimos para amontonar dinero, delegan en los obispos los menesteres demasiado apostólicos; los obispos, en los párrocos; los párrocos, en los vicarios; los vicarios, en los monjes mendicantes y, por fin, éstos lo confían a quienes se ocupan de trasquilar la lana de las ovejas.

Conste que no está en mi ánimo el escudriñar la vida de los pontífices y de los sacerdotes, para que no crea alguien que en vez de estar recitando un elogio, urdo una sátira, ni suponga nadie que censuro a los príncipes buenos y, en cambio, alabo a los infames.

Lo que llevo tratado en pocas palabras tiene por objeto demostrar que ningún hombre puede vivir dichoso si no está iniciado en mis misterios y no le concedo protección.

[61] ¿Y cómo puede ser de otro modo, si esta Némesis que siembra la dicha entre los hombres, está de acuerdo conmigo de tal modo que siempre ha sido irreconciliable enemiga de los sabios, y, por el contrario, a los estultos les colma de beneficios hasta cuando duermen? Sin duda recordáis a Timoteo, que dio origen a este nombre y a la frase «Durmiendo llena la red»; también sabréis el refrán que dice: «La lechuza es funesta », y viene a propósito para los sabios lo que se dice de: «Ha nacido con mala estrella ». Pero dejémonos de refranear para que no parezca que estoy entrando a saco en los comentarios de mi querido Erasmo, y volvamos a lo nuestro.

La Fortuna ama a las personas poco sensatas, a los audaces, a los que se complacen en decir: «Todo me lo juego a una carta». La sabiduría hace a las personas tímidas, por lo cual veis fácilmente a los sabios en la pobreza, en la estrechez y en la oscuridad, despreciados, desconocidos y olvidados. En tanto a los estultos afluye el dinero, tienen en las manos la gobernación del Estado y, en fin, prosperan de todos modos. Pues si alguno cifra la felicidad en ser grato a los príncipes y en moverse en el trato de estos mis dioses enjoyados, ¿habrá cosa que le sea más inútil que la sabiduría y que más reprobada esté por tal género de personas? Si se trata de obtener riquezas, ¿qué lucro podrá hacer el comerciante que, siguiendo los dictados de la sabiduría, se encalle en un perjurio, se sonroje si le sorprenden en mentira y comparta en lo más pequeño los escrúpulos de los sabios ante los hurtos y la usura? Poco será, sin duda. Por lo mismo, quienquiera que ambicione honores y riquezas eclesiásticas, llegará a ellos antes más bien como asno o como buey que como sabio. Si perseguís el placer, las muchachas protagonistas de esta comedia son enteramente devotas de los estultos y se horrorizan y huyen del sabio como del escorpión. En suma, quien se dispone a vivir con un poco de alegría y optimismo, empieza por excluir de su compañía al sabio y prefiere admitir a cualquier otro animal.

En resumen, adondequiera que vuelvas los ojos, entre pontífices, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, mayores o menores, todos se desviven por los bienes materiales, los cuales, como el sabio los desprecia, es lógico que acostumbren con fijeza a huir de él.

Aunque mis alabanzas no tienen freno ni fin, es preciso que la declamación acabe alguna vez. Así, pues, voy a terminar, pero antes demostraré en pocas palabras que no faltan graves autores que me han celebrado tanto de palabra como de obra, para que así no parezca que me envanezco estúpidamente y los leguleyos no me calumnien diciendo que no alego nada en mi apoyo. A ejemplo de éstos, traeré alegatos que no tengan nada que ver con el tema.

[62] Todo el mundo sabe un popular proverbio que: «Dime de lo que alardeas y te diré de lo que careces». Por ello se enseña acertadamente a los niños que «Fingir estulticia oportunamente es el colmo de la sabiduría». Ya veis, pues, vosotros mismos cuán grande sea la virtud de la Estulticia, que hasta su engañosa imagen e imitación merecen tanta estima de los sabios. Aquel lustroso y orondo cerdo de la pira de Epicuro aconseja con la mayor franqueza que se mezcle «la sandez con el buen juicio», y añade, no con mucho acierto, que éste se haga sólo en pequeña proporción. En otro lugar dice: «Amable cosa es tontear en su momento» y agrega más adelante que «preferible es pasar por insensato y bobo a ser sabio y rechinar de dientes». Homero, que de tantas maneras elogió a Telémaco, le llama algunas veces «tontuelo», nombre con que los autores trágicos llamaban a los niños y a los jóvenes, por considerarlo de buen augurio. ¿Qué contiene el divino poema de la Ilíada sino las pasiones de reyes y pueblos estultos? Además, ¿qué elogio más rotundo que el de Cicerón cuando dijo: «El mundo está lleno de estultos»? ¿Y quién ignora que es tanto mayor el bien cuanto más extenso?

[63] Como acaso éstos gocen de poca autoridad entre los cristianos, voy, si os place, al testimonio de las Sagradas Escrituras, según es costumbre de personas eruditas, para apoyar y fundar mis alabanzas. Solicitaremos primero el permiso de los teólogos, y luego entraremos en la ardua tarea. Quizá no sería discreto llamar a las Musas del Helicón por segunda vez para camino tan largo, siéndoles, además, la materia ajena. Así, como voy a hacer de teólogo y entrar en este laberinto, será mejor que el espíritu de Escoto abandone un instante la Sorbona y se traslade a mi pecho; luego este tal, más espinoso que un puero espín y un erizo, podrá irse adonde se le antoje, aunque sea al cuerno.

¡Ojalá pudiese cambiar de rostro y vestir traje teológico! Porque estoy temiendo que alguien al verme tan profundo saber teológico me acuse de hurto, como si hubiera registrado a escondidas los papeles de nuestros maestros, aunque ello a nadie debe asombrar, pues para eso he vivido mucho tiempo con ellos en la intimidad y así he adquirido algo de su ciencia, al modo que Priapo, el dios de madera de higuera, llegó, en fuerza de escuchar a su dueño cuando leía, a observar y retener algunas palabras griegas; y el gallo de Luciano, tras largo trato de los hombres, pudo hablarles con agilidad. En fin, vamos a entrar en materia, en buena hora.

Está escrito en el Eclesiastés, capítulo primero, lo siguiente: «Infinito es el número de los tontos». Siendo este número infinito, ¿no indica el común de los hombres, exceptuando un pequeñísimo número de ellos que no sé si nadie podrá apreciar?

Jeremías lo declara de modo más explícito, cuando dice, en el capítulo X: «Estulto se ha vuelto el hombre a causa de su misma sabiduría». Atribuye este profeta la sabiduría a Dios y deja para los hombres la estulticia, pues poco antes había dicho también: «No se glorifique el hombre de su saber». ¿Por qué, excelente Jeremías, no quieres que el hombre se pague de sabiduría? «Pues —respondería él—, porque no tiene tal sabiduría».

Volvamos al Eclesiastés. Cuando allí se exclama: «Vanidad de vanidades y todo vanidad», ¿qué se entiende sino, según dijimos, que la vida humana no es otra cosa que la comedia de la Estulticia? Así se aprueba la frase de Cicerón, por la cual es justísimamente ensalzado y que poco ha mencionamos: «Todo está lleno de locos». Y estas otras sabias palabras del Eclesiastés: «El estulto es variable como la Luna y el sabio permanece como el sol», lo que indica que todos los hombres son estultos y que sólo a Dios está reservado el nombre de sabio, porque la Luna representa la humana naturaleza, y el Sol, manantial de toda luz, a Dios.

Hay que añadir a esto que el mismo Cristo en el Evangelio dice que nadie puede llamarse bueno más que Dios, y, por tanto, si, según testimonio de los estoicos, el que no es sabio es estulto, y el bueno es también sabio, es preciso deducir que la estulticia abraza a todos los mortales.

Afirma Salomón en el capítulo XV que: «La estulticia es la alegría del estulto», o, lo que es lo mismo, manifiesta claramente que sin esta sandez nada hay grato en la existencia. A lo mismo se refiere el pensamiento siguiente: «Quien añade ciencia añade dolor y en el mucho entendimiento hay mucho sufrimiento». El mismo egregio predicador manifiesta lo propio en el capítulo VII: «En el corazón de los sabios reside la tristeza y en el de los estultos la alegría». Y quizá por esto no se contentó con conocer la sabiduría, sino que quiso también tratarme a mí. Por si en ello no me dais crédito, ved sus palabras en el capítulo primero: «Dediqué mi corazón a conocer la prudencia y la sabiduría, los errores y la estulticia». Fijándose bien en este pasaje se ha de comprender como alabanza para la sandez, ya que el autor la puso en último lugar y el Eclesiastés dice, y ya sabéis que tal es el ceremonial de la Iglesia, que el primero por su mayor dignidad ha de ser el último, recordando fielmente el precepto evangélico.

Que la estulticia es superior a la sabiduría, el autor del Eclesiastés, sea el que fuere, lo demuestra claramente en el capítulo XLIV, cuyas palabras, ¡por Hércules!, no quiero citar sin antes preguntaros, para que con vuestra respuesta me ayudéis en la introducción, como hacen en Platón los que discuten con Sócrates, ¿Qué es lo que debe guardarse mejor, las cosas raras y valiosas o las vulgares y viles? ¿Os calláis? Aunque disimuléis, responderá por vosotros el adagio griego que dice: «Dejad el cántaro a la puerta». Y nadie lo rechace temerariamente, porque lo cita Aristóteles, el dios de nuestros maestros. ¿Hay alguno de vosotros bastante estulto que deje en la calle las joyas y el dinero? Me parece que no, ¡por Hércules! Los escondéis en el sitio más recóndito, y más aún en el rincón más secreto de fortísimos cofres, en tanto que lo que no vale nada lo dejáis a la vista; luego si lo que tiene valor se guarda recóndito y lo vil se deja expuesto, es evidente que la sabiduría, que se prohíbe esconder, es inferior a la estulticia, que se aconseja ocultar. Observad el testimonio de las palabras literales:

«Más vale el hombre que oculta su estulticia que el que esconde su sabiduría».

A más, las Sagradas Escrituras otorgan al estulto la pureza de alma y se la niegan al sabio, porque éste no considera a nadie igual a él. Así interpreto lo que el Eclesiastés dice, en su capítulo X: «El estulto, como es insensato, piensa que todos los que encuentra en el camino son estúpidos como él». ¿Y no es sin par pureza de alma igualar a todos los hombres consigo mismo y

reconocer en ellos, a pesar de que cada individuo se tenga en gran opinión, que son de tu mismo mérito? Por eso tan gran rey no se avergonzó nunca del dictado de estulto y dijo en el capítulo XXX: «Yo soy el más estulto de todos los hombres». Y San Pablo, el doctor de los gentiles, escribiendo a los corintios, acepta de buen grado el título de estulto: «Hablo a lo necio — exclama— porque soy más que nadie», como si fuese deshonroso que nadie le aventajase en tontería.

Pero salen a atajar lo que voy diciendo algunos de esos helenistas que están siempre acechando a los teólogos, con cien ojos y luego con sus anotaciones, como si fuesen humoradas, ofuscan a los demás, de cuyo gremio, mi querido Erasmo, a quien con frecuencia nombro para honrarle, si no es el alfa es la beta. « ¡Donosa cita —exclamarán—, verdaderamente digna de la Estulticia! En nada se parece el pensamiento del Apóstol a lo que tú imaginas». Ni con esa frase quiso dar a entender que fuese más estulto que los demás, ya que lo que dijo fue: «Ministros de Cristo son ellos y yo también», como quien tiene a honra hacer notar que en esto era lo mismo que ellos; y todavía enmendó: «Y yo más», pues sabía que no sólo era igual a los demás Apóstoles, sino que en más les superaba. Para que esta afirmación que él consideraba verdad no ofendiese por arrogante los oídos, se cubrió con el pretexto de la sandez, diciendo: «Hablo como el menos sabio», precisamente porque sabía que es privilegio de los estultos decir la verdad sin causar ofensa.

Les dejo que discutan lo que San Pablo quiso verdaderamente decir al escribir esto.

En cuanto a mí, me atengo al parecer de nuestros grandes y crasos teólogos, prestigiosísimos a ojos del vulgo, con los cuales, ¡por Jove!, prefiere la mayoría de nuestros doctos engañarse, a estar en lo cierto con los sabios trilingüistas. Pues ninguno de estos helenistillas hace más de lo que puede hacer una cotorra, sobre todo un insigne teólogo cuyo nombre callo para que mis loros no lancen contra él el epigrama griego de «El asno tocando la lira »; el cual ha explicado magistral y teológicamente el pasaje en cuestión y, al llegar a la frase: «Hablo como estulto porque lo soy más que nadie», hace capítulo aparte, y además, no sin profunda dialéctica, añade un pedazo para interpretarla así. Transcribo sus propias palabras, así en forma como en esencia:

«Hablo a lo estulto», o sea: «Si os parezco necio porque me comparo a los falsos apóstoles, más os lo he de parecer cuando veáis que me considero superior a ellos». Y poco después, como olvidándose de ello, pasa a otra cosa.

[64] Pero ¿por qué escuetamente he de emplear sólo un ejemplo para apoyarme? Es derecho común de los teólogos que todos pueden estirar como una piel las Sagradas Escrituras. En San Pablo, algunos pasajes de las Sagradas Escrituras ofrecen contradicciones que no existen en su lugar original y, si hemos de dar crédito a San Jerónimo, que hablaba cinco lenguas, cuando el Apóstol estuvo en Atenas vio por casualidad un ara votiva y violentó la inscripción para convertirla en argumento en favor de la fe cristiana; suprimió todo lo que le estorbaba y no conservó más que las palabras finales, aunque también un tanto alteradas: «Al Dios desconocido». A pesar de ello, la inscripción decía: «A los dioses de Asia, de Europa y de África; a los dioses desconocidos y extranjeros.» Siguiendo su ejemplo, a lo que me parece, los teólogos rebuscan en uno y otro lado unos cuantos fragmentos y, si les hace falta, los mixtifican a tenor de la conveniencia, sin tener en cuenta que lo anterior o lo que sigue guarde relación con el caso y a veces hasta lo contradice, método de tan afortunada desverguenza que muy a menudo lo copian los jurisconsultos.

¿Y qué será lo que no les salga bien después de que aquel gran... —casi se me escapa el nombre, pero le tengo temor al proverbio griego— dio un significado a las palabras de San Lucas que se acomoda al pensamiento de Cristo como el fuego al agua?

Cuando un grave peligro amenaza, en tal momento los buenos vasallos suelen más estrechamente unirse a su señor, porque saben cuánto vale la unión para luchar. Por eso Cristo quiso que los suyos no se acostumbraran a buscar auxilio, y les preguntó si de alguna cosa habían carecido desde que les había enviado a anunciar el Evangelio, sin ayuda ninguna, sin calzado que defendiera sus pies de las espinas y de las piedras y sin alforjas contra el hambre; y como ellos le respondieron que nada les había faltado, dijo: «Pues ahora el que tenga un zurrón, lo abandone y el que no lo tenga venda la túnica y compre una espada.» Como quiera que la doctrina entera de Cristo no enseña otra cosa que la dulzura, la indulgencia y el desprecio de la vida, ¿a quién puede ocultarse el sentido de este pasaje? Quiere, para más desarmar a sus enviados, que vayan exentos no sólo de zapatos y de alforjas, sino también que se despojen de su túnica, a fin de que, desnudos y libres, emprendan la predicación del Evangelio sin llevar sino su espada, espada no como aquella con que se lucran ladrones y parricidas, sino la espiritual que traspasa hasta el fondo del corazón y que de un solo tajo cercena todas las pasiones para no dejar en ellos más que la piedad. Pues ved ahora de qué manera nuestro célebre teólogo retorció este texto: La espada supone la defensa contra las persecuciones; la alforja, una buena cantidad de víveres para el camino; es decir, cual si Cristo, al darse cuenta de que había enviado a sus predicadores equipados poco suntuosamente, se retractara de sus instrucciones. Como si olvidase cuanto les había dicho de que alcanzarían el cielo sufriendo injurias, afrentas y suplicios; prohibiéndoles que se revolviesen contra la adversidad; que fuesen dulces y humildes, y no feroces; olvidando, repito, haberles señalado que debían tomar ejemplo de los lirios y de los pajaritos, no quisiese ahora que partiesen sin espada, que habían de vender la túnica para comprar, y prefiriese que fuesen desnudos que desarmados. Y así como, bajo el nombre de espada comprendía todos los procedimientos de rechazar la violencia, la alforja resume todo aquello que concierne a las necesidades de la vida humana. Luego quiere el intérprete del pensamiento divino enviar a los Apóstoles a predicar al Crucificado armados de lanzas, ballestas, hondas y bombardas; les carga de cajas, maletas y fardos, quizá para que no se expongan a salir de la posada sin comer. No impresiona al teólogo que acerca de esta espada que tanto recomienda comprar Jesucristo, había mandado poco antes que estuviese en la vaina y nunca se ha oído que los Apóstoles usasen espadas y escudos contra las violencias de los gentiles, como sin duda hubieran hecho si Cristo hubiera tenido la intención que se le atribuye.

Otro doctor que no quiero nombrar por respeto , a la frase de Habacuc: «Las tiendas de la tierra de Madián serán turbadas», convierte en la piel de San Bartolomé desollado.

No hace mucho asistí a una disertación teológica, como lo hago a menudo, y uno preguntó en qué lugar de la Escritura se ordena castigar a los herejes por el fuego en vez de convencerlos por la persuasión. Un anciano grave, cuyo ceño declaraba francamente que era teólogo, respondió con gran indignación que ese pasaje era del apóstol San Pablo, el cual dijo: «Evita al hereje después de haber intentado repetidamente disuadirle de su error.» Y como lo dijese reiteradamente y a grandes voces, muchos se preguntaron qué le sucedía a aquel hombre, y acabó por explicar que hay que apartar « de vita» al hereje. Unos se

rieron, pero no faltaron quienes encontraron el argumento completamente teológico, y algunos de los demás protestaron con vehemencia.

Entonces, un abogado tremendo y autor irrefragable dijo: «Está escrito que 'no dejéis que viva el malvado'; y como todo hereje es malvado, resulta...», etc. Maravillados se quedaron todos los presentes del genio del hombre y aprobaron esta opinión. A nadie se le ocurrió que la palabra «malvado» en esta ley se refiere a los brujos, encantadores y hechiceros, a quienes los hebreos designaban con el nombre de «mekaschephin», pues de otro modo, sería preciso también penar con la muerte a la lascivia y a la ebriedad.

[65] Pero estoy persiguiendo tontamente casos tan innumerables, que no cabrían en los volúmenes que escribieron Crisipo y Dídimo. Solamente voy a hacer constar que ya que a estos divinos maestros se les toleró, a mí, que soy una teóloga de pacotilla, también puede permitírseme igual derecho a no formular citas con entera exactitud.

Vuelvo a San Pablo: «Soportad con paciencia a los sandios», ha dicho hablando de sí mismo, y añade luego: «Recibidme como a un ignorante», y «No hablo inspirado por Dios, sino sumido en el desconocimiento». Y todavía agrega: «Por Jesucristo somos estultos». Ya habéis visto qué elogio de la Estulticia y qué labios lo pronuncian.

Además la recomienda como la cosa más necesaria y útil: «El que de vosotros —dice— se crea sabio, vuélvase estulto para encontrar la verdadera sabiduría.» Y San Lucas dice que Jesús llamó necios a dos de los discípulos cuando los encontró en el camino.

Admirable es aún que San Pablo atribuya algo de estulticia al mismo Dios, porque ha dicho: «Lo estulto de Dios es más sabio que los hombres», si bien Orígenes en su comentario dice que no hay analogía entre el concepto humano y esta estulticia, pues es la misma a que se refiere este otro texto: «La palabra de la Cruz estulta para los que se condenan».

Y, en fin, ¿para qué atormentarme en reunir tantos testimonios que apoyen mis convicciones cuando en los Sagrados Salmos vemos que Cristo dice claramente a su Padre: «¿Tú conoces mi ignorancia?» Luego no es disonante que le complazcan en extremo los necios, al modo que los poderosos príncipes tienen por sospechosos y desagradables a los hombres demasiado sensatos —como Julio César, que desconfió de Bruto y Casio, y que, sin embargo, no tenía temor del beodo Antonio; Nerón de Séneca y Dionisio de Siracusa de Platón— se deleiten, por el contrario, con los espíritus sencillos y rústicos. Así Cristo detesta a los sabios que se ufanan de su prudencia, y les condena, como atestigua San Pablo, claramente: «Dios escoge precisamente lo que el mundo tiene por estulto», y «Dios ha querido salvar al mundo por medio de la Estulticia», ya que por la sabiduría no podría ser salvado. El mismo Dios abiertamente lo declara por boca del Profeta: «Confundiré la sabiduría de los sabios y condenaré la prudencia de los prudentes», y cuando se gloria de haber ocultado a los sabios el misterio de la salvación y haberlo revelado francamente a los párvulos, esto es, a los estultos, y a los pobres de espíritu; porque en griego la palabra «párvulo» significa lo contrario de «sabio». A esto corresponde el que en todo el Evangelio Cristo ataque insistentemente a los fariseos, a los escribas y a los doctores de la Ley, en tanto que protege a la multitud de indoctos. ¿Qué, si no, significa: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!»? Igual que si dijese: ¡Ay de vosotros, sabios! Y se le ve deleitarse con los niños, mujeres y pescadores, del mismo modo que entre todos los animales agradan más a Cristo los que más se apartan de la astucia de la zorra. Por eso quiso cabalgar en asno, cuando, si hubiese querido, hubiese podido hacerlo sin peligro en el lomo de un león; por eso descendió el Espíritu Santo tomando forma de paloma, y no de águila o milano; por eso las Sagradas Escrituras hablan constantemente de ciervos, corzos y corderos, y, además, Jesús llama ovejas a aquellos destinados a la vida eterna, pues ningún otro animal hay más simple que éste. Así lo prueba Aristóteles cuando dice: «alma de cordero», frase que se dice por modo de insulto contra los estúpidos y torpes, fundándose en la estolidez de la grey; y, sin embargo, Cristo se declara pastor de este rebaño; y ciertamente que el nombre de «cordero» le agradaba, como que San Juan le anunció: «Éste es el cordero de Dios», lo cual aparece después muchas veces en el Apocalipsis.

¿Qué proclama todo esto sino que todos los hombres son estultos, incluso los piadosos? El mismo Cristo, que aun siendo «la sabiduría de su Padre», socorrió a la estulticia de los mortales, tuvo en cierto modo que hacerse estulto cuando se revistió de carne mortal, de la misma manera que se transformó en el pecado para redimir el pecado. Y quiso hacerlo por medio de la locura de la Cruz y de Apóstoles simples a quienes insiste en recomendar la sandez, apartando la sabiduría, y les da como ejemplo los niños, los lirios, el grano de mostaza y los pajarillos, seres sencillos, sin inteligencia, que viven según el instinto, exentos de preocupación y cuidado.

Además les prohíbe que se preocupen de lo que vayan a responder delante de los tribunales y les veda que aprovechen las ocasiones y las circunstancias, es decir, que no se fíen de su prudencia, sino que descansen en él enteramente. Por la misma razón, Dios, eximio arquitecto del orbe, ordenó que no se degustase del árbol de la ciencia, como si ésta fuese el veneno de la dicha. San Pablo abiertamente la reprueba como vanidad y perdición; San Bernardo sigue esta opinión y pretende que el lugar donde puso sus reales Lucifer se llame montaña de la sabiduría.

Quizá no parezca tampoco argumento para pasarlo por alto el de que la estulticia goce de los favores del cielo, ya que suele conceder a ésta el perdón de sus faltas, que al sabio niega rotundamente; y de aquí viene que los que han pecado con conocimiento busquen protección y pretexto en la estulticia. Si mal no recuerdo, Aarón, en el libro de los Números, implora el perdón para su hermana diciendo a Moisés: «Te suplico, Señor, que no tomes en cuenta este pecado que hemos cometido estultamente.» Saúl se excusa con David: «He obrado como estulto», y el mismo David apacigua así al Señor: «Te ruego, Señor, que no tomes en cuenta mi infamia, porque obramos estultamente», como si no pudiera alcanzar perdón sino pretextando estolidez e ignorancia. Pero es más apremiante el que Cristo en la Cruz misma al pedir por sus enemigos con estas palabras: «Padre, perdónalos», sin ofrecer otra excusa que la ignorancia, añadió: «porque no saben lo que hacen». De la misma manera escribe San Pablo a Timoteo: «Pero la misericordia de Dios me ha acogido, porque he obrado ignorante dentro de la incredulidad.» ¿Y qué es obrar como ignorante sino dejarse conducir por la sandez más que por la maldad? ¿Y qué otra cosa significan las palabras «la misericordia de Dios me ha acogido» sino que no la habría alcanzado sin la sandez? Y viene también en nuestro favor un pasaje del Salmista, que no me he acordado de citar en su oportuno lugar: «Señor, no os acordéis de las altas de mi juventud ni de mis errores». Ya veis qué excusas da: La juventud, de la que soy inseparable compañera, y los errores, cuyo número denota una gran intensidad de estulticia.

[66] Pero para no continuar en un tema inacabable y hablar concisamente, diré que parece que toda la Religión cristiana tenga algún parentesco con cierta especie de estulticia, y que, en cambio, no tiene la menor armonía con la sabiduría. Si deseáis pruebas de ello, advertid que los niños, los viejos, las mujeres y los necios gozan con las cosas de la religión mucho más que los demás y que están siempre rondando los altares, guiados solamente por un impulso natural. Además, veréis que aquellos primeros fundadores de la Religión fueron gente de extrema simplicidad y enemigos encarnizados de las letras. Por último, que no hay necios que disparaten más que aquellos a quienes arrebató por completo el ardor de la piedad cristiana, pues llegan a malversar sus bienes, pasar por alto las injurias, tolerar ser engañados, no distinguir entre amigos y enemigos, aborrecer la voluptuosidad, complacerse en el hambre, la vigilia, las lágrimas, los trabajos y las ofensas, aburrirse de la vida, desear únicamente la muerte y, en suma, parecer ciegos para el sentido común, como si tuvieran el alma errante y no dentro del cuerpo. ¿Qué otra cosa es esto sino la locura? Por ello no parece cosa de admirarse que los Apóstoles fuesen tomados por beodos y que San Pablo le pareciese loco al juez Festo.

Pero ya que me vestí con la piel del león, quiero continuar mostrándoos que la felicidad de los cristianos, que buscan a costa de tanto esfuerzo, no es sino una especie de locura y de estulticia, y no se vea animadversión en mis palabras, sino búsquese su sentido.

Primeramente, los cristianos convienen poco más menos con los platónicos en que el alma está oculta y ligada por los vínculos corporales y que esta grosería la impide contemplar y gozar las cosas verdaderas. Por ello se define la filosofía como meditación de la muerte, porque, merced a ella, la mente se separa de las cosas visibles y corpóreas, que es lo mismo que hace la muerte. De este modo, en tanto cuanto el espíritu hace uso discreto de los órganos del cuerpo, se le llama sensato, pero cuando, rotos estos vínculos, trata de procurarse la libertad, como si proyectase la fuga de la cárcel, se le califica de loco. Y si ello acontece por enfermedad o deficiencia del organismo, no hay quien discrepe de que ello es locura. Y, sin embargo, vemos a tal especie de hombres predecir las cosas futuras, y saber lenguas y letras que hasta entonces nunca habían aprendido, y presentar en sí algo que es absolutamente divino. No cabe dudar de que ello procede de que la mente, al estar algo más libre del contacto del cuerpo, empieza a poner por obra su facultad natural. La misma causa, según creo, debe de tener el que a los moribundos les ocurra algo parecido, como si dijese ciertas cosas prodigiosas por inspiración. Aunque esto ocurra también en el celo piadoso, acaso no es el mismo género de santidad, pero sí tan parecido, que la mayor parte de los hombres lo consideran vulgar locura, sobre todo en el caso de unos pocos homrecillos que viven en pugna con la vida mortal toda. Así suele ocurrirles lo propio de la fábula de Platón, acerca de aquellos que vivían encadenados en el fondo de una caverna contemplando las sombras de las cosas, y si uno de ellos salía, a su regreso al antro aseguraba haber visto los objetos tales como eran en sí, y entonces sus compañeros suponían que se equivocaba de medio a medio, ya que fuera de las vanas sombras no podían creer que existiese nada más. El sabio les compadece y deplora su estulticia que les hace víctimas de tan grosero error, pero ellos a su vez se burlan de él como extravagante y le rehuyen.

El común de los mortales se siente especialmente atraído por las cosas totalmente materiales, y cree que son las únicas que pueden existir; pero los devotos, por el contrario, desprecian tanto más lo que mayor vínculo tiene con el cuerpo y se dan por entero a la contemplación de las cosas invisibles. Aquellos colocan en primer lugar las riquezas, en el segundo las satisfacciones de los sentidos y relegan el espíritu al último puesto, y aun hay muchos que niegan su existencia por ser invisible. Los devotos viven sólo para Dios, el ser más sencillo entre todos, y después para el alma, que es lo que más se le acerca; desdeñan los cuidados corporales, repugnan el dinero como inmundo, lo rehuyen, y si se ven obligados a manejarlo, lo hacen con disgusto y asco, y lo tienen como si no lo tuvieran, y lo poseen como si no lo poseyeran.

Existe profunda diferencia entre éstos en todas las cosas. Las facultades humanas tienen todas relación con el cuerpo, y, sin embargo, hay algunas más groseras, como el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto. Otras, como la memoria, el entendimiento y la voluntad, parecen más independientes de la materia. En aquellas a las que el alma tienda será donde adquiera mayor fuerza. Los devotos, al dirigir toda la fuerza del espíritu a las cosas más extrañas a los sentidos, terminan por quedarse como entorpecidos y atónitos, en tanto que el vulgo, usando sólo de éstas, prevalece en ellos y no sirve para las otras. Ésta es la causa de que algunos santos varones bebiesen aceite creyéndolo vino.

Además, entre las pasiones hay algunas que tienen más palpable afinidad con el cuerpo, como la lujuria, la gula, la pereza, la ira, la soberbia y la envidia, a las que los devotos hacen implacable guerra, en tanto que el vulgo no sabe vivir sin ellas. Hay también movimientos del espíritu comunes y naturales, como el amor a la patria, el cariño a los hijos, a los padres, a los amigos, a los que el vulgo concede cierta importancia, pero los devotos se esfuerzan por desarraigados de su corazón o más bien por elevarles a la región más alta del espíritu, y así, cuando aman al padre, no lo aman como padre que sólo les dio su parte física, y aun esto se lo deben a Dios, sino como varón justo, en el que ven brillar una imagen de la divina mente que llaman Sumo Bien, fuera del cual nada hay para ellos digno de ser amado o anhelado. Este mismo criterio aplican a todos los sentimientos en la vida, de suerte que si no desprecian absolutamente todo lo visible, lo postergan a lo invisible.

Establecen en los Sacramentos y aun de los deberes de piedad un aspecto espiritual y otro corporal. Así, en el ayuno, conceden poca importancia a la abstinencia de carne y de cena, que es lo que el vulgo considera absoluto ayuno, a no ser que al mismo tiempo repriman lo más posible las pasiones refrenando cólera y orgullo, a fin de que el alma, más aliviada de su carga corporal, pueda elevarse al goce y delicia de los bienes celestiales. De manera semejante razonan respecto de la Misa y, aunque no desdeñan la liturgia, no obstante, le conceden poco interés y la consideran perjudicial si aparece como obstáculo para penetrar en lo espiritual, que es lo representado con aquellos signos visibles. Se representa allí la muerte de Cristo, la cual deben imitar los mortales domando, extinguiendo, y sepultando, por decirlo así, sus pasiones para resucitar como Él a una nueva vida y unirse con Cristo y con todos los hermanos. Así piensa y se conduce el creyente.

En contra, el vulgo cree que el sacrificio de la Misa consiste sólo en plantarse ante el altar lo más próximo posible al sacerdote, escuchar a los que cantan y contemplar las ceremonias. No sólo en los ejemplos dichos, sino en todas las demás ocasiones de la vida, el devoto evita todo lo concerniente al cuerpo para elevarse hacia lo eterno, lo espiritual y lo invisible. Por lo cual, como tan enorme diferencia separa a unos y otros, se tachan de locos mutuamente. Esta palabra, a mi ver, mejor encaja en los devotos que en el vulgo.

[67] Ello se verá más claro si, según os lo he prometido, demuestro brevemente que esa suprema felicidad a que aspiran los creyentes no es sino una especie de locura. Observad que Platón vislumbró algo de esto cuando escribió que el delirio de los

amantes era el más feliz de todos . En efecto, el que ama ardientemente no vive en sí, sino en el objeto amado, y cuanto más se aparta de su propio ser para acercarse a ese objeto, su gozo crece más y más. Cuando el espíritu procura separarse del cuerpo de modo que ya no usa apropiadamente de sus órganos, evidentemente es que se produce el delirio. ¿Qué otro sentido tienen si no las expresiones vulgares de «está fuera de sí», «vuelve en ti» y «ya ha vuelto en sí»? . Ahora bien: cuanto más intenso es el amor, más profundo y feliz es el delirio que produce. Por tanto, ¿qué puede ser esa vida celestial a la que las almas tan fervientemente aspiran?

El espíritu, como más fuerte y poderoso, absorberá al cuerpo más fácilmente cuanto que éste ha sido ya preparado para tal transformación por el ayuno y la penitencia. A su vez el espíritu será después absorbido por la esencia divina, que es más potente por mil motivos, y así, cuando el hombre esté por completo fuera de sí mismo, podrá alcanzar la felicidad, porque estará despojado de su materialidad y vivirá de modo inefable en el

Sumo Bien, que atrae hacia sí a todas las cosas. Es verdad que la dicha no puede ser perfecta hasta que el alma haya recuperado su antiguo cuerpo y le dé la inmortalidad, pero como la vida devota no es más que una meditación de esta existencia y como una sombra de ella, son algunas veces recompensados como con una especie de goce y aroma de ella. Aunque es solamente una gota en comparación con la fuente de la divina felicidad, vale más que todas las delicias humanas juntas. ¡Tanto aventajan los deleites espirituales a los corporales y los invisibles a los visibles! El profeta anunció así a los elegidos que: «No ha visto el ojo, ni oído el oído, ni sentido el corazón jamás lo que Dios guarda para los que le aman . Y esto es una parte de la necedad, a la que no destruye la muerte, sino que la perfecciona al pasar a mejor vida. Los pocos a quienes les es dado gustar estos placeres experimentan algo muy parecido a la locura; dicen cosas poco coherentes y diversas de la costumbre humana; hablan sin sentido y cambian súbitamente de cara; tan pronto están alegres como tristes; lloran, ríen o sollozan; y, en fin, están verdaderamente fuera de sí mismos. Luego, cuando recobran el conocimiento, no saben si estuvieron dentro del cuerpo o no, ni si están dormidos o despiertos; ni recuerdan más que como a través de un sueño lo que han oído, visto, dicho y hecho; de lo único que están seguros es de que han sido profundamente dichosos durante su éxtasis, por lo cual lamentan el haber recobrado la razón, tanto que nada desean más que gozar sin interrupción de su especial locura. Tal es una ligera degustacioncilla de la futura felicidad.

[68] Pero noto que me he olvidado de que estoy traspasando los límites convenientes. Si alguien considera que he hablado con demasiada pedantería o locuacidad, pensad que lo he hecho no sólo como Estulticia, sino como mujer.

Recordad, además, el proverbio griego que dice: «Los locos a veces dicen la verdad», a menos que penséis que este refrán no reza con las mujeres.

Veo que estáis aguardando el epílogo; pero os erráis si imagináis que me acuerdo de una sola palabra de todo este fárrago que acabo de soltar... Vaya este adagio antiguo: «No me gusta el convidado que tiene buena memoria.» Y yo invento éste: «Detesto al oyente que se acuerda de todo.» Por todo ello, ¡salud, celebérrimos devotos de la Sandez, aplaudid, vivid y bebed!